

¿HACIA UNA NUEVA TEORÍA ECONÓMICA LATINOAMERICANA?

POR ANA GRONDONA¹

RESUMEN: El artículo propone una serie de apuntes preliminares, a propósito de la invitación, que se formula desde muy variados ámbitos, a relanzar la teoría económica latinoamericana. Desde un terreno que, precisamente, *no es* el de la economía política, subraya la necesidad de que, para evitar recaer en el economicismo, esta empresa albergue inquietudes que desde una mirada reduccionista o tecnocrática parecieran excederla. Se plantea así, la relevancia de las dimensiones de lo cultural, lo político y lo histórico para un análisis de las estructuras económicas en general, pero particularmente en nuestra región.

PALABRAS CLAVE: estilos de desarrollo – teoría latinoamericana– necesidades básicas

¹ Socióloga. CONICET-UBA-CCC

En los últimos años (dos o tres años, si tuviera que ser más precisa) desde distintos ámbitos se han multiplicado las invitaciones para recuperar/relanzar/remozar el pensamiento económico latinoamericano. La propuesta tiene, como suele ocurrir, muy variados registros, que van desde la arenga lanzada en el cierre de un congreso de especialistas hasta la puesta en marcha de una asociación que promete encarar esa misión de un modo sistemático.

Aguijoneado por los nuevos y viejos desafíos que han enfrentado y enfrentan los intentos de eso que aún no tiene nombre y que solo podemos señalar a fuerza de seguir agregando prefijos (pos-neo-liberalismo), pareciera que el búho de minerva vuelve a pedir pista. Y suena, una vez más, la hora de la Teoría. Enhorabuena.

Las páginas que siguen son un borrador muy preliminar a propósito de esa invitación, más bien uno de esos listados que se garabatean en la servilleta de algún bar, para no olvidarse de ciertas cuestiones que nos acaban de venir en mente, cuya importancia intuimos, aunque de modos todavía muy generales, y que no queríamos dejar escapar. Este es, además, un borrador escrito desde un territorio extranjero, que *no* es el de la economía política; parte de formas de interrogación, que si bien se interesan en ella, lo hacen con la curiosidad del arqueólogo o el anticuario, una curiosidad probablemente muy distinta a la de sus nativos.

Una primera advertencia que cabría hacer es que esa teoría hacia la que se nos invita a caminar, no puede ser *sólo* económica sin correr el riesgo de ser *economicista*. Al respecto, anoto dos puntos para una futura agenda de trabajo. Por una parte, es notable la frecuencia con la que aparece la palabra “mito” en los distintos encuentros, jornadas y textos dedicados a pensar la coyuntura económica de la región. El “mito” del desarrollo australiano, el “mito” de la burguesía seria de Brasil, el “mito” de la falta de inversiones durante la última década, etc. Tendríamos que detenernos a trabajar rigurosamente cómo operan estos mitos, cómo circulan al interior de discursos expertos y legos, incluso de los discursos que se piensan críticos. En principio, han llamado la atención de quienes suelen estar dispuestos a analizar asuntos mucho más concretos y prácticos. Y es que no son simples “bagatelas” que se disipan con la luz de la ciencia, son mucho más que “falsedades”, y hacen mucho más que “mentir” u “ocultar”. Nos presentan un mundo de evidencias en las que nos reconocemos, gracias a las que sabemos qué tenemos que pensar e incluso cómo actuar. La cuestión del “mito” ha sido central para la antropología, pero también para la teoría de la ideología. Curiosamente ambas (la antropología y la teoría de la ideología) estaban muy en boga cuando en América Latina se desplegaron tanto las problematizaciones sobre el desarrollo como sobre la dependencia, los dos grandes aportes latinoamericanos a la teoría económica. Quizás se trate de algo más que una sincronía casual, tal vez la circulación contemporánea de aquellas reflexiones (probablemente habría que sumar muchas otras) haya formado parte de sus condiciones de posibilidad.

En este sentido, no alcanza con echar mano de la etiqueta “cultural”/”político”/”simbólico” para trazar la frontera de aquello de lo que la teoría económica rehúsa a hacerse cargo. Ese gesto renuncia, precisamente, a formular rigurosamente los problemas de una realidad que, mal que nos pese, no tiene ningún interés en replicar las divisiones disciplinares que hemos inventado. Al respecto, resulta siempre actual e inspiradora la osadía de Marx al introducir un concepto tan exótico como el de “fetichismo” para dar cuenta del modo en que funcionan las relaciones sociales capitalistas. Las metáforas bíblicas que sembró en aquél primer capítulo de *El Capital* son algo más que un recurso estético o pedagógico. Una mirada reduccionista de lo que estamos dispuestos a llamar “económico” corre el riesgo de naturalizar mediante un lenguaje tecnocrático los mecanismos de reproducción del capital.

Una segunda cuestión que sería importante tener en cuenta, y que también se vincula con esa complejidad que no acepta mansamente disecciones, es la necesidad de articular las preguntas sobre el desarrollo y la dependencia con una mirada menos esquemática sobre el Estado. Allí también opera cierta mitificación, o mejor, cierta ritualización, como si ante ciertos límites y trabas de los procesos “post-neoliberales” bastara con subrayar que el mapa para salir de esos atolladeros depende de que podamos (¡finalmente!) producir las tan mentadas “políticas de Estado”. Frente a la evidencia a la que nos rendimos contentos cuando afirman que hay que superar la lógica espasmódica de las medidas de gobierno para pasar a diseñar políticas que se inscriban en ese terreno más sólido y estable que convocamos, casi mágicamente, con la palabra “Estado”, necesitamos horadar certezas con nuevas y viejas preguntas. Los politólogos, al menos los marxistas, nos pueden dar una mano para tener una aproximación (¿por qué no decirlo?) más científica y menos mistificada sobre esta cuestión. Nos pueden ayudar a entender al Estado como una expresión de relaciones de fuerza, como un conjunto de prácticas, de tensiones, de actores sociales en pugna. Es decir, nos pueden ayudar a superar la imagen del Estado-instrumento que sigue operando como obstáculo epistemológico en muchas discusiones.

Junto a esta invitación a tomar con mayor rigurosidad las dimensiones de lo cultural, lo simbólico o lo político, mis apuntes reservan un lugar privilegiado a otra. Para introducirla, retomo la última frase de la convocatoria de 2016 al III Congreso de Economía Política “Hacia una teoría económica latinoamericana” organizado por el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y la Universidad de Quilmes. Allí se afirmaba que “los límites y los alcances que conocieron las políticas en la gestión de los gobiernos populares requieren, sin lugar a dudas, de una revisión sobre el mismo concepto de desarrollo”. A esta formulación, agregaría “y de su historia”. En el camino que se abre resulta fundamental retomar la historia de ese concepto, o, mejor, de esa problemática, de ese haz de interrogantes que se han anudado con el nombre “desarrollo”.

Tomar “desarrollo” como una articulación de preguntas y de cuestiones, antes que como un concepto es mucho más que una mera disquisición sobre términos. Hablar de

“concepto” puede darnos la idea de cierta homogeneidad, de cierta sedimentación estable de sentidos, de acuerdos y consenso. Mi propuesta es, por el contrario, estar mucho más atentos a las luchas, a los desplazamientos y las tensiones en los que se tejieron determinados modos de configurar la cuestión del desarrollo en distintas coyunturas. En esa tarea, incluso, deberíamos estar alerta frente a las cronologías que nos vienen dadas y que indican, en coro y al unísono, que el desarrollo como problema nació con un discurso del presidente de los Estados Unidos Henry Truman en 1949. Aceptar esa datación tiene toda una serie de consecuencias. Por ejemplo, esa cronología es muy afín a las perspectivas según las cuales las discusiones y teorizaciones sobre “la modernización” y “el desarrollo” se *produjeron* en el norte y, luego, se *difundieron* por nuestro Sur. Aun cuando haya buenas razones para sostener esa perspectiva, también hay otras para ser más cautos. Como intentaré mostrar con una fábula un poco más adelante, presuponer que *siempre* los debates sobre el desarrollo fueron, son y serán el resultado de la divulgación de ideas/recomendaciones/mandatos que viajan del norte al Sur, tiene la paradójica consecuencia de obscurecer la historia de alternativas y disputas que se dieron desde aquí y que, en no pocos casos, sacudieron las propias evidencias de los “expertos del desarrollo” del centro.

“Es que, como sabemos mucho antes de Hegel, la Historia no tiene un lugar para nosotros, precisamente por eso hay que arrancárselo, como calibanes, de un arañazo. De lo contrario, corremos el riesgo de reproducir también nosotros ese olvido.”

Convendría, pues, tomar una prudente distancia de esas afirmaciones y dataciones tan evidentes y reemplazarlas por una pregunta abierta, o mejor, por un “hay que ver” formulado con cierta sospecha. “Hay que ver” si Raúl Prebisch incluso antes del 1949 no estaba hilvanando ya el problema del desarrollo, “hay que ver” si no había ya una articulación de muchos de sus elementos en Alejandro Bunge, “hay que ver” si Liborio Justo no estaba ya adelantando cuestiones de la tensión centro-periferia, “hay que ver” qué ocurría con estas discusiones en Perú, en China, en la India, en Rusia y así. Curiosamente, uno de los historiadores del problema del desarrollo, H.W. Arndt (*Desarrollo económico. La historia de una idea*), encontró en debates de distintos países periféricos previos a 1949 elementos de aquella cuestión, e incluso formas de articulación entre ellos que resultan análogas a las que se iban a generalizar después de esa fecha. Sin embargo, les reserva el capítulo de la “pre-historia”. Es que, como sabemos mucho antes de Hegel, la Historia no tiene un lugar para nosotros, precisamente por eso hay que arrancárselo, como calibanes, de un arañazo. De lo contrario, corremos el riesgo de reproducir también nosotros ese olvido.



Raúl Presbich

Curiosamente, si prestamos atención a muchos de los debates actuales en torno al desarrollo y sus múltiples declinaciones (las críticas al neodesarrollismo, al extractivismo, las discusiones en torno el buen vivir, etc.) nos encontraremos con sentencias que van en ese último sentido. Por ejemplo:

En términos generales, el concepto dominante de desarrollo ha mutado y ha sido *immune a cuestionamientos*. Ha “resistido” a críticas feministas, ambientales, culturales, comunitarias, políticas, entre otras. No obstante, *sus críticos implacables han sido incapaces de plantear conceptos alternativos*. Es por eso que es necesario encontrar propuestas desde el sur que permitan repensar las relaciones sociales, culturales, económicas, ambientales desde otro lugar. (...) este Plan propone *una moratoria de la palabra desarrollo* para incorporar en el debate el concepto del Buen Vivir (*Plan Nacional para el Buen Vivir de Ecuador 2009-2013. Versión Resumida, p. 18*)

Sostener que los críticos implacables del desarrollo “han sido incapaces de plantear conceptos alternativos” resulta paradójicamente contraproducente para los propios procesos que intentan superar los límites del orden vigente. Porque con esta afirmación, se saltean no sólo discusiones y debates sino acontecimientos e intervenciones políticas que pusieron en jaque los sentidos hegemónicos y eurocéntricos del desarrollo, entendido como una promesa de progreso, como *un* camino (en singular) que había que recorrer, cada uno a su tiempo, para

llegar finalmente a la civilización. Para que la afirmación que transcribimos en el párrafo anterior sea verdadera, habría que saltarse demasiadas cosas, no sólo la teoría de la dependencia y el estructuralismo, sino también los modos en que el peronismo abordó la cuestión del desarrollo, la vía elegida por la Revolución Cubana y muchos etcéteras. Justamente, para ilustrar mi argumento respecto de la relevancia que deberá tener la dimensión histórica en cualquier proyecto teórico que se pretenda latinoamericano en lo que sigue me referiré brevemente a “la fábula de las necesidades básicas”.

Entre las críticas recientes al desarrollo hubo también un cuestionamiento a las perspectivas del denominado “desarrollo humano” o “centrado en las necesidades”, aquellas que en los '80 y los 90' se presentaban como superadoras, pero que, según las revisiones actuales, resultaban bastante engañosas. En efecto, aunque al nivel de la retórica se enunciaba que era necesario pasar a un desarrollo con centro en “lo humano” y en la noción de derechos, en la práctica las políticas inspiradas por aquella corriente terminaron por definir un conjunto muy limitado de necesidades, que se parecían más a niveles mínimos de subsistencia. En consecuencia, las declaraciones altisonantes terminaban “operacionalizadas” en políticas focalizadas, de emergencia, y acotadas en el tiempo, es decir, políticas que retomaban la lógica de “excepcionalidad” con la que el neoliberalismo suele gestionar la pobreza. Frente a este diagnóstico crítico la conclusión parecía ser que había que abandonar el lenguaje (falaz) de las necesidades básicas.

Antes de decidir si dejamos o no de hablar de ese modo, sería prudente hacernos la pregunta por las condiciones de emergencia de aquel lenguaje. Si, a partir de hacernos esa pregunta avanzamos en una indagación histórica, nos encontraríamos con cuestiones sumamente interesantes para los problemas que estamos discutiendo aquí. En primer lugar, sabríamos que el organismo internacional que impulsó la perspectiva de las necesidades básicas no fue ni el Banco Mundial ni el Banco Interamericano de Desarrollo, ni siquiera el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, sino la Organización Internacional del Trabajo. Y no es lo mismo. Dejo esta cuestión anotada, como parte de estos apuntes algo desordenados, aunque no pueda detenerme en ella. Deberíamos ser más prudentes a la hora de caracterizar a los organismos internacionales en sus distintos momentos, no para decidir si son “buenos o malos” (nunca son esos los juicios que importan), sino para entender mejor el campo de fuerzas en el que se inscriben en cada coyuntura y las luchas que también se dan a través de ellos.

En cualquier caso, volviendo a nuestra pregunta por la cuestión de las necesidades básicas, si avanzáramos en la historización de esta problemática, nos enteraríamos, en segundo lugar, que la OIT impulsó esta perspectiva a partir de una reunión de 1976 en la que participaron expertos de todo el mundo, entre ellos el argentino Hugo Scolnik. Si, frente a la curiosidad que genera tal revelación, siguiéramos indagando, nos enteraríamos que el tal Scolnik era parte de un equipo de Fundación Bariloche liderado por el geólogo Amílcar Herrera que poco antes había lanzado algo que se llamaba (ni más ni menos que) Modelo

Mundial Latinoamericano. Este era un modelo matemático corrido por computadoras que demostraba que, si se tomaban ciertas decisiones políticas, no sólo no se iban a cumplir los oscuros presagios del Club Roma sobre los límites físicos del crecimiento, sino que era posible que toda la humanidad llegara a satisfacer sus necesidades y que se incrementara la esperanza de vida al nacer. Estas necesidades eran definidas de un modo amplio e incluían educación, salud, vivienda y también bienes culturales.

Lo que dejaban claro los expertos de Bariloche era que para ese otro modelo de desarrollo fuera posible debían superarse las condiciones de desigualdad tanto entre el norte y el sur, como al interior de los distintos países. Mostraban, por ejemplo, que el problema ecológico, que por entonces empezaba a asomar en la agenda pública, estaba determinado por variables políticas y desigualdades sociales: eran los modos de consumo y derroche de los países centrales y de los sectores privilegiados los que estaban presionando sobre los recursos. No estábamos (ni estamos) frente a un problema de “consumo” a secas: algunos hiperconsumían, mientras otros no accedían a lo necesario.

Si siguiéramos con nuestra pregunta sobre este marco de emergencia de la cuestión de las necesidades básicas, nos encontraríamos que, algunos años antes incluso que Fundación Bariloche, ya Oscar Varsavsky había trabajado sobre este tema y que sus reflexiones habían sido retomadas por el Consejo Económico para América Latina (CEPAL). Varsavsky, un físico y químico argentino reconocido por su crítica al cientificismo, había mostrado la *inviabilidad* física, social y política del estilo consumista (o desarrollista) que por entonces primaba y que se mostraba como ejemplo a seguir. Varsavsky proponía, en cambio, un Estilo de Desarrollo CREATivo o Pueblocéntrico, una utopía realizable, como la definía, que también partía del concepto de necesidades, más concretamente, de 25 necesidades humanas (de todo tipo, incluidas las culturales y espirituales). El Estilo Pueblocéntrico tenía como objetivo construir un orden social en que *todas* ellas fueran satisfechas simultáneamente para *todos*. Nuevamente, la viabilidad de esta propuesta era demostrada a través de la experimentación numérica con la que se calculaban variables a partir de distintas fuentes de datos. Por cierto, estos planteos varsavskianos no fueron el solitario desvarío de un científico loco, impregnaron distintos planes de la región. Entre ellos el *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional* del tercer gobierno de Perón, de cuya elaboración participó una comisión de CEPAL presidida por Eric Calcagno, amigo de Oscar Varsavsky.

Indudablemente, el sentido de “necesidades básicas” que se generalizó desde la década del '80, y que sirvió, por ejemplo, para construir el índice de NBI (Necesidades Básicas Insatisfechas), está alejado de las discusiones varsavskianas o de la Fundación Bariloche. Entre ambas formulaciones ocurrieron una serie de desplazamientos y torsiones que no podría desplegar aquí, pero que también es menester analizar.

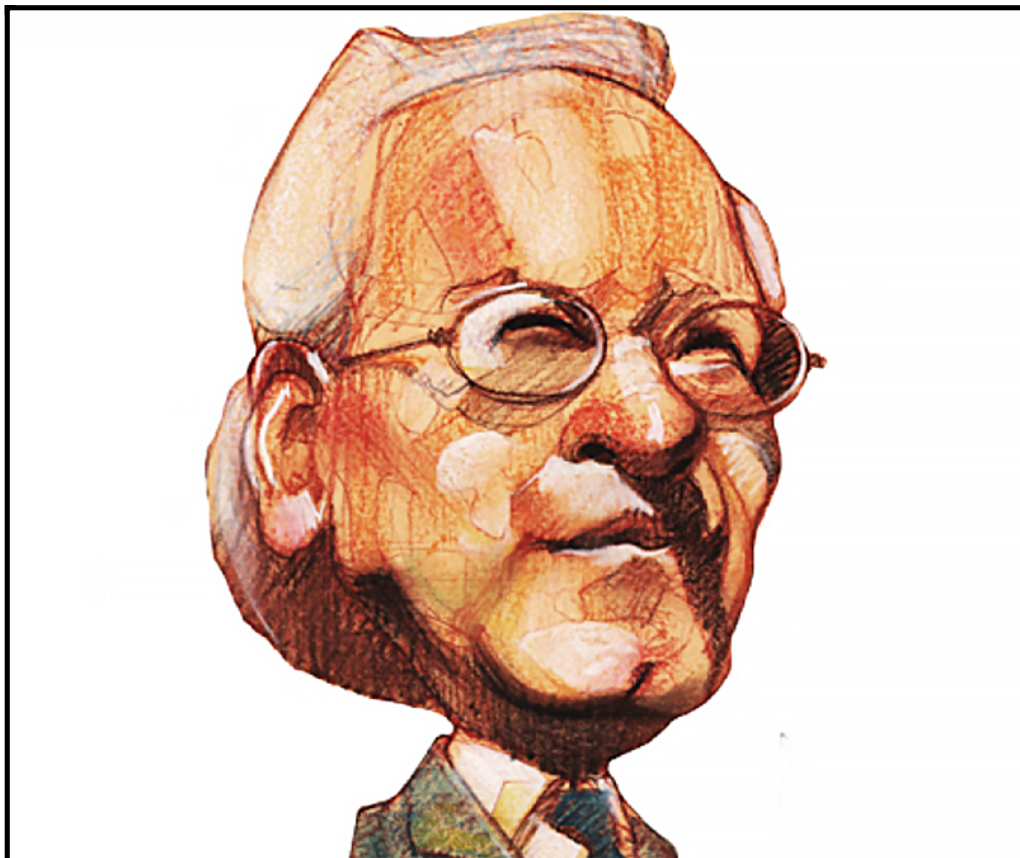
Pues bien, ¿cuál es la moraleja de esta fábula? En primer lugar, muestra que una perspectiva histórica sobre los debates teóricos/conceptuales nos puede arrojar interesantes sorpresas. Entre ellas, descubrir que ciertas cuestiones que creíamos novedosas, no lo son tanto (por ejemplo, la tensión ecología-desarrollo) y que hay pistas iluminadoras en los viejos

debates que pueden ayudarnos con los entuertos del presente. Así, en las discusiones de “estilos de desarrollo” estaba mucho más clara la necesidad de distinguir entre consumos populares y consumos suntuarios, en tanto ambos ejercían una presión *desigual* sobre el ambiente. Por el contrario, en algunas discusiones actuales estas diferencias no se trazan o resultan menos nítidas, dando pie a cierto imperativo ético abstracto que condena el consumo “en general”, desatendiendo la dinámica de clases y las desigualdades geopolíticas en la que inexorablemente se inscribe. Ello resulta en cierto espejismo de consenso según el cual “todos/as” estamos dispuestos a condenar el consumismo, pero sin poner en discusión la estructura de privilegios que reproduce.

“Estos planteos varsavskianos no fueron el solitario desvarío de un científico loco, impregnaron distintos planes de la región. Entre ellos el Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional del tercer gobierno de Perón, de cuya elaboración participó una comisión de CEPAL presidida por Eric Calcagno, amigo de Oscar Varsavsky.”

Otra de las sorpresas son las disonancias, no aquello que nos acerca, sino lo que nos aleja de las viejas discusiones. En efecto, Varsavsky abordaba el problema del desarrollo casi como quien escribe un cuento de ciencia ficción. Imaginaba otros mundos utópicos o distópicos cuya factibilidad analizaba y les ponía nombres tan literarios como “Estilo Lunar” O “Estilo Hippie”. Esa sensación de extrañamiento que produce leer a Varsavsky es refrescante en el marco de una coyuntura en la que estamos obligados a aguzar la imaginación, por una parte, y apostar a una forma mucho más audaz de la interdisciplina, por la otra. Sería bueno probar otros lenguajes para pensar las cuestiones del desarrollo y extrañarnos de las formulas consabidas, pues parecen condenarnos a repetir siempre las mismas preguntas.

Finalmente, la tercera moraleja remite directamente a la pregunta que recorre este apunte desordenado ¿a qué se nos convoca con la invitación a retomar/remozar/repensar una “Teoría Económica Latinoamericana”? Si pensáramos que se trata tan sólo de encontrar nuestra singularidad, nuestra diferencia, nuestra excepcionalidad, estaríamos haciéndole el juego a las posiciones hegemónicas y eurocéntricas, que no tienen ningún inconveniente en que hablemos, siempre y cuando nos restrinjamos al *folklore* y a describir nuestro propio exotismo. La apuesta de Varsavsky, y más claramente todavía la de Fundación Bariloche, tuvo un sentido muy distinto. Se animaron a producir *desde* América Latina una discusión sobre el desarrollo *a secas*. Incluso tuvieron la osadía de llamar a su modelo Mundial y Latinoamericano, ambas cosas al mismo tiempo.



Oscar Varsavsky

Un poco como la Historia, la Teoría no parece tener un lugar para nosotros. La teoría económica, social, política se presenta siempre como producida desde el centro y hace de esa posición particular un Universal que nos desconoce, pero que también desconoce sus propias tensiones internas (que las tiene, y muchas). Por ello, es recomendable desconfiar *siempre* de esa presentación. Ya vimos lo que pasaba en el caso de las “necesidades básicas”: aunque buena parte de esas discusiones se habían dado desde el Sur, nuestras huellas fueron borradas (incluso por nuestros propios intelectuales críticos). Cualquier intento de producción teórica *desde América Latina* tiene la necesidad (e incluso el deber) de volver sobre esos trazos y hacerlos visibles, no para refugiarse en las tradiciones de nuestra pequeña aldea ni para subrayar las singularidades de un exotismo que nunca se correspondería bien con “la regla”, sino para mostrar que desde siempre la Teoría (a secas) *también* se ha construido desde el Sur.

BIBLIOGRAFÍA

- Arndt, H.W, 1992, *Desarrollo. La historia de una idea*. Madrid: Editorial Rei.
- Grondona, Ana (comp.), 2016, *Estilos de desarrollo y buen vivir*. Buenos Aires: Ediciones CCC.
- Herrera, Amílcar, et al., 1977. *Catástrofe o nueva sociedad: Modelo Mundial Latinoamericano*. Buenos Aires: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo-América Latina
- Varsavsky, Oscar y Calcagno, Alfredo Eric (comp.), 1971. *América Latina: Modelos Matemáticos. Ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Varsavsky, Oscar, 1969. *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- , 1971. *Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*. Buenos Aires: Periferia. Disponible en
- , 2013 [1974]. *Estilos tecnológicos. Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional- PLACTED.
- República del Ecuador, Consejo Nacional de Planificación, 2009. *Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013: Construyendo un Estado Plurinacional e Intercultural*. Quito: Secretaria Nacional de Planificación y Desarrollo-SENPLADES.